

UNA DÉCADA CON *LA HISTORIA DE LA TEORÍA POLÍTICA* DE FERNANDO VALLESPÍN

El pensamiento en su historia

MANUEL ZAFRA

La publicación de *La Historia de la Teoría Política* dirigida por Fernando Vallespín ha constituido un hito bibliográfico. Ha sido también un rotundo éxito editorial. Quizás no sea exagerado decir que la Teoría Política en España adquiere relevancia académica con la aparición de esta obra. En una disciplina que se mueve entre la historia y la filosofía era inevitable contar con un gran número de autores que aportaran perspectivas diferentes sobre un objeto de conocimiento tan controvertido como apasionante.

La coordinación de una obra con estas características resulta fundamental para lograr que la pluralidad de enfoques guardara algún común denominador que permitiera dar unidad al conjunto. El mérito corresponde al profesor Vallespín. Quienes cultiven la Teoría Política en España tienen una deuda de gratitud con él por asumir un empeño tan exigente.

La Teoría Política en nuestro país ha ocupado un lugar marginal y poco definido, dispersa en campos tan variados como la historia de las ideas, la filosofía política, la filosofía del derecho y el derecho político. Esta fragmentación tiene una explicación clara: la Teoría Política difícilmente podía emerger en una dictadura que estimuló la reflexión sobre el caudillaje y que obligó a volver la mirada al pensamiento de otras épocas. Fue el caso de Luis Díez del Corral, la figura más destacada en el estudio del pensamiento político que, a pesar del contexto poco propicio, formó una brillante escuela de excelentes profesores cuyos nombres figuran entre los autores de la obra comentada.

La semilla sembrada entonces ha germinado hoy en un salto que Bikhu Parekh ha caracterizado como el paso de los pensadores al pensamiento, es decir, del aislamiento en la reflexión a la existencia de una comunidad académica donde las ideas pasan a ser un patrimonio común. La notable difusión de *La Historia de la Teoría Política* revela que a ella acuden gentes del derecho, la historia, la filosofía y la literatura en busca de claves. Que

un elenco tan diverso de inquietudes encuentre respuesta en esta obra es el mejor indicador de que la Teoría Política ha abandonado definitivamente su condición subalterna.

Queda pendiente que la Teoría Política entable un diálogo fecundo con la Ciencia Política, el Análisis de Políticas Públicas y la Ciencia de la Administración. La desaparición del antiguo Derecho Político fue una consecuencia de la democracia; fue lógico que los primeros pasos concedieran importancia prioritaria a las transiciones, los partidos o los sistemas electorales, pero hoy estos campos de conocimiento no pueden vivir de espaldas. La hegemonía de los datos y el comportamiento han dejado en segundo plano la reflexión teórica y, en cierta medida, recuerda esta situación a la polémica vivida en la Teoría Política americana y europea de los años cincuenta sobre el desplazamiento de la Teoría Política por la Ciencia Política.

La Historia de la Teoría Política ofrece a la politología española una referencia para el estudio de un campo tan aparentemente alejado de ella como la Ciencia de la Administración. Sin conocer la tradición de discurso que lleva de Edmund Burke a Karl Popper, difícilmente entenderemos el debate entre el racionalismo y el incrementalismo en el Análisis de Políticas Públicas. Obviando este debate, las políticas públicas parecerán mejor encajadas en la economía o la estadística.

Esta consideración última no es la enésima reivindicación de la unidad de las ciencias sociales sino la modesta advertencia de los males que pueden aquejar a la politología si ignora la génesis de las ideas políticas.

De forma coherente, el profesor Vallespín presenta la obra como el pensamiento en la historia con un debate en torno al método. Aunque muchas veces las disputas metodológicas dan la imagen de una polémica estéril, lo cierto es que sin debate metodológico, la Teoría Política no gana crédito académico. Particular elogio merece el capítulo de introducción que el coordinador dedica a este tema.

Fernando Vallespín reconoce a Quentin Skinner la renovación de la disciplina cuando, en los años setenta, propone el estudio de las ideas políticas ubicadas en la historia porque, sin atender a las intenciones del autor y a la fuerza ilocucionaria del lenguaje, corremos el riesgo de manipular los textos para que digan lo que nos conviene en cada momento.

No basta la lectura una y otra vez de los textos; según Skinner, es necesario reparar en lo que sus autores estaban haciendo al escribirlos. La crítica skinneriana a la autonomía de los textos reivindica el análisis del lenguaje, ya que resulta más convincente pensar que quien quiera legitimar lo que hace adapte su proyecto al idioma normativo en lugar de lo contrario. Así las intenciones del autor y la decodificación de la dimensión ilocucionaria del léxico político adquieren importancia fundamental.

El paso siguiente en la propuesta es ir del pasado al presente para evitar la falacia presentista que va del presente al pasado. Skinner ha polemizado

zado con inteligencia y perseverancia contra la selección de un texto como ariete empleado para descalificar o apoyar los argumentos en una disputa actual. La explicación y comentario de la estructura de un argumento bastaría para concederle relevancia y *significación intrínsecamente filosófica*; de esta manera, podríamos apropiarnos del pasado para reforzar o rechazar nuestras propias creencias.

En lugar de esta actitud, Skinner recomienda el estudio de aspectos del pasado que aparentemente carecen de relevancia contemporánea pero que, bien mirados, arrojan luz en una controversia de actualidad. No se trata de forzar continuidades para que el autor interpelado diga lo que nos interesa, sino de volver la vista atrás para encontrar allí algunas claves que nos hagan revisar nuestras convicciones. El camino, pues, es el inverso: no vamos del presente al pasado sino del pasado al presente. En ese recorrido tal vez comprobemos que lo que a nuestros ojos aparece como habitual pero incoherente puede resultar inhabitual pero coherente.

Skinner toma para ilustrar su razonamiento el concepto de libertad negativa que Isaiah Berlin hizo célebre y lo saca de la pugna conceptual entre *la libertad de* y *la libertad para* porque piensa que lleva a un bloqueo sin salida. Entiende, por el contrario, que *Los Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, de Maquiavelo, proporcionan criterios para hacer coherente lo que en principio no pudiera parecerlo.

A pesar de la agudeza de este planteamiento, Vallespín concluye que no siempre puede Skinner mantener la coherencia, tal vez porque hay acuerdo en el *qué* estudiar aunque haya discrepancias en el *cómo*.

La perspectiva textualista, la que defiende la *vida propia* de las ideas políticas, su existencia *transhistórica*, no niega el peso de la historia pero les concede autonomía. Berlin, a quien se deben ambas expresiones, responde a una pregunta sobre la identidad de la historia de las ideas políticas, diciendo que para ser químico no es necesario estudiar a Antoine Lavoisier, pero no se puede decir lo mismo de la Teoría Política; aquí no avanzamos por acumulación.

Este criterio que señala el *progreso* en la ciencia no es aplicable por tanto a la Teoría Política, donde no podemos ignorar a los clásicos. Whitehead advertía, sin embargo, que una ciencia que no los olvida está perdida y Merton toma la advertencia para criticar la mezcla de historia y sistema que impide el conocimiento analítico acumulativo de forma que el descubrimiento de una inteligencia excepcional pueda ser aplicado por una inteligencia del montón. Según Merton, «la conmemoración de los que en el pasado hicieron grandes aportaciones está esencialmente reservada a la historia de la disciplina». De no proceder así, las ciencias sociales quedarán en tierra de nadie, entre la orientación humanista y la científica, amenazadas por una *tendencia intelectualmente degenerativa* que privilegia a los autores clásicos como ilustres antecesores cuyas obras despiertan la exégesis y la erudición en detrimento de la originalidad.

Ahora bien, la lectura de un clásico de la política no es un gesto de reverencia acrítica, ni un acto de pereza mental, es un ejercicio obligado en una disciplina cuyas premisas suscitan un desacuerdo endémico entre quienes la cultivan. Preguntas como los fundamentos de la obligación política no se responden con argumentos formales o contrastación empírica, sino que parten de concepciones plurales de la naturaleza humana.

Son las cuestiones perennes de las que habla Vallespín, la tradición de discurso de Sheldon Wolin, un vínculo de continuidad entre pasado y presente mantenido a través de significados entendidos a lo largo del tiempo. Situados en esta herencia, quienes polemizan sobre algunos conceptos pueden intercambiar argumentos sobre un código común. Como ha destacado Jeffrey Alexander, la centralidad de un clásico tiene varias ventajas. Una de ellas estrictamente funcional: la necesidad de integrar el campo del discurso teórico. Ante el desacuerdo generalizado en la Teoría Política es necesario fijar puntos de comprensión mutua sin los que la comunicación sería imposible por carecer de una base mínima de entendimiento.

Wolin señala que en la historia de la Teoría Política la creatividad ha sido relativa. Más que elaboración original, el pensamiento político ha recuperado imaginativamente o con mayor vigor conceptos heredados. De la misma forma que ningún período histórico es una réplica de otro anterior, tampoco la experiencia política se repite. Cada concepto político se modula en contacto con experiencias políticas diferentes. Esta simultaneidad de tradición e innovación imprime a toda teoría política un sello propio y a la vez reconoce la impronta de un legado anterior.

Siguiendo el consejo prudente de Vallespín conviene no extremar la discusión sobre el método en un objeto de conocimiento tan elusivo. En cualquier caso, sea uno u otro el enfoque elegido, esta obra ofrece un marco adecuado para el estudio y la investigación de la teoría política.

La indudable repercusión de *La Historia de la Teoría Política* y su contribución a la consolidación de la disciplina exige que los nuevos retos que desafían a la teoría política no queden fuera de sus páginas. La obra requiere actualización, incorporar nombres y temas que han cobrado relieve en los últimos años.

La tesis del fin de la historia, como su antecesora del fin de las ideologías, han dejado al liberalismo y a la democracia representativa como referencias únicas. Podemos asistir a una segunda muerte de la Teoría Política si no agitamos sus fundamentos. Lleva razón Parekh cuando destaca que la generación de Hannah Arendt, Michael Oakeshott, Berlin y Popper, por encima de sus evidentes diferencias, compartió la inquietud por la fragilidad del liberalismo y la democracia.

Estuvieron lejos de la complacencia de pensar que el liberalismo carecía de alternativas; todos vivieron los estragos del totalitarismo y tuvieron plena conciencia de que estaba alojado en las entrañas de la sociedad de masas. No sólo fustigaron el racionalismo de la ideología comunista, previ-

nieron también contra un consenso que pudiera hacer pensar en una sociedad donde los conflictos quedarán reducidos a simples desajustes resolubles por los expertos.

Lo que más temía Arendt del *behaviorismo* era que pudiera llegar a ser un método adecuado. Lo que provocaba la inquietud de Berlin era una sociedad donde la coincidencia en el fin hubiera elevado a primer plano los medios. Su pregunta por la pervivencia de la Teoría Política tenía sentido en un mundo donde se creía que el triunfo de la democracia había clausurado la pugna entre visiones del mundo contrapuestas. Análogas consideraciones suscitan las obras de Oakeshott dirigidas contra el racionalismo que desprecia la fuerza de la tradición.

No es extraño que estos grandes pensadores hayan sido descubiertos tras el derrumbe del comunismo. Sus nombres sirven de puente para que la Teoría Política mantenga el diálogo con los clásicos anteriores y, sobre todo, para evitar que la hegemonía del liberalismo vuelva a reavivar la creencia de un acuerdo sobre los valores que ignore su radical pluralidad. Está claro que entonces los clásicos sólo podrían ser estudiados como historia.